

CUADERNOS
DE HORIZONTE

*Pekín o la ciudad
que no fue*

BLAS PIÑERO MARTÍNEZ

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Cuadernos de Horizonte, 35

© del texto: Blas Piñero Martínez, 2025

© de las fotografías de interiores: David J. Clarke, 2025

© de esta edición: FESTINA LENTE EDICIONES, SLU, 2025

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo, 2025

Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com

info@lalineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Fotografía de cubierta: *Horizonte de la ciudad bajo el cielo azul durante el día*. Fotografía de Felix Luo en Unsplash

ISBN: 978-84-129013-4-4

THEMA: WTL, IFPC-CN-DB | Depósito Legal: M-9370-2025

Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Pekín o la ciudad que no fue

A MODO DE INTRODUCCIÓN.

PEKÍN NO EXISTE ... 15

PEKÍN Y LA MIRADA INMEDIATA ... 21

PEKÍN Y LA MIRADA AGÓNICA ... 38

PEKÍN Y LA MIRADA UTÓPICA ... 79

PEKÍN Y LA MIRADA CÍNICA ... 99

PEKÍN Y LA MIRADA INCIERTA ... 110

PEKÍN Y LA MIRADA COMO REPRESALIA ... 125

A MODO DE EPÍLOGO.

PEKÍN Y LA MIRADA DE LA SOLEDAD ... 142

*A François Jullien, el pensador de
la convergencia y la divergencia, y
de la reapertura de los posibles*

El único viaje verdadero... sería no visitar tierras
extrañas, sino poseer ojos, ver el universo a través de
los ojos de otro, de cien otros, ver los cien universos
que cada uno ve, que cada uno es.

MARCEL PROUST, *La Prisonnière*,
À la recherche du temps perdu

PEKÍN: Capital de la República Popular China y centro cultural. Situada a $39,9042^{\circ}$ latitud norte y $116,4074^{\circ}$ longitud este. Superficie total de $16\ 808\text{ km}^2$. Población aproximada de $21\ 766\ 214$ de personas.

A modo de introducción
PEKÍN NO EXISTE

A veces, sin embargo, me despierto de mis pesadillas pensando que ambos habitamos una misma ciudad espiritual hecha de fragmentos de muchas ciudades, donde somos casi nadie, un poco nada, al abrigo de tantos nombres.

JUAN CÁRDENAS, *La ligereza*

Admitámoslo, a estas alturas del siglo XXI, el mundo ha cambiado radicalmente a como era en el siglo XX, esta etapa que pasará a la historia por haber convertido el mundo en un matadero organizado a nivel global, el siglo de la apoteosis de la destrucción total, de la eliminación del otro, del hombre. Si el XIX ha sido el siglo de la neurosis, el XX ha sido el siglo de la paranoia, del otro visto como amenaza a nuestra propia existencia, y el siglo de la nostalgia de lo real ya desaparecido. Ya nada existe, nada es real, y ello nos ha convertido en unos seres melancólicos.

El XXI es el siglo de las últimas ruinas y las cenizas heredadas, como las cenizas ideológicas. Este es el siglo de los paradigmas de organización

social fundados en la hiperconectividad y la movilidad; es, paradójicamente, el siglo de la desorientación y de la ansiedad por buscar un referente, una verdad perdida. Lo que no ha cambiado, como si de un efecto de reacción anacrónica se tratara, es nuestra mirada sobre el mundo. Seguimos dependiendo de las mediaciones de lo real que vienen en abundancia del pasado. Nos encanta ver el mundo como otros ya lo han visto y nos resulta más cómodo. Nos encanta apoyarnos en la tradición porque nos aporta una mirada de prestigio que al mismo tiempo da prestigio a la nuestra, o en miradas aparentemente rebeldes que se apoyan en un marxismo desfasado en el que el mundo es una constante lucha de clases, o entre oprimidos y opresores según el impacto nefasto de la herencia ideológica de Michel Foucault sobre el proceso histórico y la construcción de lo real. Y, cómo no, nos gusta observar el mundo desde el punto de vista de los oprimidos, las víctimas, tanto reales como imaginarias, cuando tal vez seamos los opresores y nuestra mirada sobre el mundo sea la del opresor sin darnos cuenta. También nos encanta la mirada del experto porque inconscientemente ratifica la nuestra y nos convierte en expertos. Nos creemos más sabios y nos sentimos mejor, que es lo que importa al final del día, aunque la realidad nos lo desmienta a

diario. Sentirse un experto hace feliz incluso al más ignorante y obtuso; lo constatamos en cualquier medio de comunicación (estos nos hacen aparentemente sabios, nos educan constantemente, dramatizando la realidad, manipulándola): vivimos en la era de los expertos en la que todo el mundo tendrá sus quince minutos de gloria sapiencial, que es la actualización en nuestras sociedades contemporáneas —tan líquidas, como le obsesionaban a Zygmunt Bauman— de los quince minutos de fama que ya Andy Warhol había profetizado en los años sesenta del pasado siglo. Quince minutos en los que viviremos en la ilusión de una certeza en medio de un mar de ignorancia.

17

¿Y el viaje, el encuentro con el otro, en qué lo hemos convertido en este siglo XXI? Ya no vivimos una economía de la productividad, de la mercancía y el artículo, y el otro ya no es visto como un recurso, o al menos no de forma universal. Vivimos en la economía de la demanda constante, de la producción incesante de deseo, de producir ganas de consumir, de crear un mundo tan irresistible que podríamos sucumbir a la tentación de ser parte de él, de poseerlo. El otro se ha convertido en nuestro objeto de deseo: desde el encuentro con un multimillonario en un crucero de lujo por el Mediterráneo hasta el niño somalí

famélico, muriéndose de hambre, al que vamos a ver para socorrerlo, nuestro encuentro con el otro obedece a la satisfacción inmediata de un deseo; de una manera u otra, nos va a hacer sentir bien. El viaje se ha convertido en la expiación de nuestros males personales. Consumimos viaje porque nos da la ilusión de sentirnos mejor con las pobres criaturas que somos en nuestras vidas cotidianas.

El mundo, querámoslo o no, nos duela o no, y el dolor aquí es otra versión del placer, como otras tantas, ya se ha convertido en un *déjà vu*. El mundo ya lo hemos visto en algún momento de nuestras vidas en otro lugar, libro, película, documental de las dos, YouTube o TikTok en apenas unos segundos, o en las fotografías del folleto publicitario de la agencia de viajes. Cuando viajamos, la mayoría de veces queremos asegurarnos de que lo que vamos a ver corresponde con lo que ya hemos visto en el folleto de la agencia de viajes (ahora podemos verlo *online* sin movernos del sofá de nuestra casa o en la cama antes de irnos a dormir, mientras chequeamos los últimos *e-mails*) porque, de lo contrario, vamos a pedir que nos devuelvan el dinero o simplemente vamos a boicotear el lugar (y su economía) no regresando más y hablando mal del sitio en alguna red social. El viaje va a confirmar las expectativas de nuestro deseo.

Si viajamos a un país del Tercer Mundo y no vemos miseria, intolerancia religiosa, sobre todo contra las mujeres; si no vemos mendigos en la calle o explotación de algún país desarrollado o potencia económica (esta es siempre sospechosa donde te encuentres, y su maldad es fácil de identificar para hallar la causa de todos los males del lugar), el viaje no va a gustarnos. Si por esa mala suerte que a veces nos arruina el viaje vemos progreso o un McDonald's en medio de Kabul, nos va a hacer cuestionar todo nuestro viaje. Lo que nos puede pasar es que veamos ese McDonald's en medio de Florencia o Budapest, lo cual va a herir profundamente al europeo, aunque este haya dejado el colegio sabiendo apenas las cuatro operaciones y sepa descifrar apenas un texto de Facebook o X. El McDonald's, sobre todo si está lleno de clientes consumiendo hamburguesas y patatas fritas, es una intrusión inaceptable del Nuevo Mundo en el Viejo Mundo. El europeo es el garante del Siglo de las Luces, de la Alta Cultura, de la Ilustración, esa catástrofe que convirtió al hombre en un tirano y la razón en la herramienta de su despotismo, y nuestro encuentro con el otro ha sido y sigue siendo (no hemos cambiado en nada desde Heródoto de Halicarnaso) una herencia de esa Ilustración. Les llevamos progreso, tanto cultural como

económico, a cambio de algo: ellos ahora satisfacen nuestros deseos más íntimos, nos hacen moralmente buenos, nos convierten en sus salvadores, y a quién no le gusta salvar a los demás.

Al McDonald's instalado en el Tercer Mundo ahora le está sustituyendo el restaurante chino en el centro de una ciudad europea: es la dinámica de la globalización, pero ahora al revés, la venganza venida de Oriente, piensan algunos, con sus turistas en masa que atracan en cruceros abarrotados en los puertos de cualquier ciudad de prestigio, de Venecia a Barcelona.

Ya lo decía el poeta Constantino Cavafis en su célebre poema «Esperando a los bárbaros», sobre el encuentro con el otro a partir del miedo y la soledad: «¿Por qué no acuden, como siempre, los ilustres oradores / a echar sus discursos y decir sus cosas? / Porque hoy llegarán los bárbaros y / les fastidian la elocuencia y los discursos. [...] / ¿Y qué va a ser ahora de nosotros sin bárbaros? / Esta gente, al fin y al cabo, era una solución».

¿Y Pekín? De todos es sabido, Pekín ya no existe. Comprobémoslo con nuestros propios ojos, con nuestra mirada.

PEKÍN Y LA MIRADA INMEDIATA

Aquí estamos por fin en Pekín, la hermosa y bárbara capital de China, la gran y hermosa capital de Asia.

ELLEN N. LA MOTTE, *Peking Dust*

Al fin llego al Beijing Hotel en la avenida Chang'an (la Calle de la Paz Eterna), un hotel que, como todos en China, casi diría en el continente asiático, por lujoso y prestigioso que parezca, por mucho nombre que eleve su reputación a la cima de los mejores hoteles del mundo, me parece sucio. ¿Cómo puede un hotel de esta categoría estar sucio? No es lo que nos imaginábamos. Lo real a veces supera las mediaciones que dominan nuestra percepción del mundo; esta es la tragedia de la mirada inmediata y por eso la evitamos tanto como podemos. No hay filtros en ella. Los hoteles en China siempre están sucios sea cual sea su categoría a pesar de que, por una cuestión de número de estrellas o para aparecer en las primeras opciones de alojamiento del Lonely

Planet, intenta estar limpio (digo *intenta* porque casi nunca lo consigue). Entonces el olor a producto de limpieza es tan intenso que resulta imposible permanecer ahí y no morir intoxicado; este es un olor que rara vez se lo quitas a China. El lugar no tiene que estar limpio: debes olerlo.

La suciedad se ha convertido en el termómetro de la desigualdad en esos hoteles de lujo de las grandes ciudades de China. La limpieza es un lujo en un país en desarrollo y China lo es, un servicio que debe pagarse, casi un privilegio, cuesta dinero, y la persona que limpia es la primera víctima de ese sistema. Mi habitación en el Beijing Hotel cuesta por noche tres mensualidades de quien entra a limpiármela dos veces al día, y ni qué decir de que ese limpiador de turno parece el típico funcionario de los que solía haber en los países comunistas de antaño, es decir, desanimado, con malas caras y trabajando lo mínimo: estamos ante el servidor del pueblo.

Desde la ventana de la habitación de mi hotel percibo la avenida Chang'an y no muy lejos la plaza Tiananmén. Una doméstica de aspecto tibetano y eternamente sonriente me dice en un chino pésimo que desde esta habitación se tomó la célebre foto de Jeff Widener: la fotografía del pobre desesperado intentando parar un tanque el 5 de junio de 1989. A primera vista, el pobre

hombre estaba intentando parar a los tanques para que cometiesen una matanza en la plaza Tiananmén, pero resulta que, para decepción del mensaje que deseaba enviar la CNN, los tanques estaban saliendo por la avenida Chang'an sin cometer ninguna matanza. La mujer de la limpieza tibetana (estoy seguro de que pertenecía a esa etnia) me comentó lo de la foto con una sonrisa en los labios, como queriendo que fuese consciente de mi inmenso privilegio. Un occidental tiene derecho a esos privilegios en China, pero me llamó la atención que la mujer asumiera que yo buscaba ese tipo de lugares en Pekín, como si quisiera ver a un tibetano explotado y maltratado por el ogro chino comunista; pero algo me perturbó todavía más: me vio como una especie de salvador de su condición, e intentó crear entre nosotros dos una intimidad como si poseyésemos un lenguaje común y nada más lejos de la realidad. En Pekín, el extranjero, el visitante occidental, aparece como un explotador capitalista y colonialista de la miseria humana (incluido el turista contemporáneo, ese animal altamente depredador y destructor de su entorno) o como un salvador de almas (desde el misionero jesuita que llegaba a China hasta el representante de una ONG). La tibetana, aunque no me lo confesó, me vio como los dos.

La importancia de la foto de Jeff Widener radica en que recupera el prestigio moral de la mirada al mismo tiempo que la deslegitima, pero refleja sobre todo la muerte del hombre (el fin del humanismo, su estocada ideológica) en un entorno urbano como Pekín. Nos hace testimonio de algo ni más ni menos que histórico. ¿Acaso hay una mirada que nos sugiera más respeto que la del testimonio histórico? Si no, que se lo pregunten a quienes fotografiaron por primera vez los campos de concentración nazis o las hambrunas en África. La mirada recupera de repente su moralidad: no solo asistimos a un hecho histórico, sino a la injusticia, y la denunciarnos, y nos desespera porque nos humilla.

24

El fotoperiodista se convierte en un moralizador y nosotros le creemos porque su foto es una evidencia. Nadie puede (o tal vez podía) ponerla en duda; pero al mismo tiempo, nada más creada, aparece la duda. ¿Qué está verdaderamente pasando ahí? La mirada inmediata se vuelve mediata o, lo peor, nos hace sospechar de lo que estamos viendo. Lo real se vuelve sospecha. Ya no nos fiamos de nuestros ojos y ahí nace el poder de la razón. Ahora fíate de tu razón, piensa, luego existe. Pero ¿podemos fiarnos de la razón? ¿No suscita esa imagen una emoción? El pobre individuo solitario ante unos tanques

representando un estado totalitario. ¿No nos conmueve su heroísmo patético? La fuerza de esa imagen y su impacto en nosotros no proviene de la razón, sino de la emoción que suscita: nos indigna, nos entristece, nos rebela, y al fin de cuentas nos hace sentir mejores con nosotros mismos desde la más absoluta distancia y en un espacio en el que nos encontramos seguros.

La foto fue tomada en Pekín y tal vez es la que más ha representado a la ciudad de China en el exterior. Esa fotografía crea por sí sola una mediación de la que resulta muy difícil escapar entre nosotros y la ciudad de Pekín. Nos resultará extraño encontrar a alguien que conozcamos que no la haya visto. Está tomada en la avenida Chang'an, donde se realizan los desfiles militares cuando toca (en Pekín, en varias ocasiones al año) y donde más recientemente Xi Jinping pasa revista a las tropas que le rinde honores, y él les saluda de pie y con solemnidad subido en un pequeño Jeep. En la avenida Chang'an, una presencia actualmente el Gran Salón del Pueblo, el complejo de edificios de Zhongnanhai al oeste de la Ciudad Prohibida que sirve como sede central del Partido Comunista de China, el Museo Nacional de China, el Centro Nacional de las Artes Escénicas de China, obra del arquitecto Paul Andreu, cuya obsesión por los edificios con

formas ovaladas (gran parte de sus edificios parecen huevos) cuajó en el país; la Avenida Wangfujing, la Sala de Conciertos de Pekín, la sede central del banco Popular de China que dicta la política monetaria del país, el Palacio Cultural de las Nacionalidades, la estación de ferrocarril de Pekín, que es la principal de la capital; la Estación de Pekín Oeste y bajo tierra se extiende la primera línea del metro de Pekín (la línea roja), que es el complejo más grande del mundo. Y, casi se me olvidaba, en la avenida Chang'an está la plaza Tiananmén y la Puerta del Sur de la Ciudad Prohibida.

La avenida Chang'an con sus cuarenta y cinco kilómetros corta literalmente a Pekín de este a oeste en dos partes, mientras que el conocido como Eje Central de Pekín, que no deja de recordarnos al eje histórico de París y su Voie Triomphale, de apenas unos ocho kilómetros, que va desde el norte con la torre del tambor (Gulou) y el campanario de Pekín (Zhonglou) hasta el sur con Yongdingmen (la Puerta de la Paz Eterna). Incluye monumentos como el Puente Wanning, la colina de Jingshan, la Ciudad Prohibida, la Puerta de la Armonía Suprema (Taihemen), la Puerta Meridiana (Wumen) el Templo Imperial Ancestral, la Puerta de la Rectitud (Duanmen), la Puerta de Tiananmén

y la plaza que recibe el mismo nombre, los puentes exteriores de Jinshui, Zhengyangmen —más conocido como Qianmen (la Puerta Delantera)—, el Templo del Cielo —tal vez una de las imágenes icónicas más famosas de Pekín representada en innumerables carteles turísticos—, el Altar del dios de la agricultura y el sitio arqueológico en la zona sur.

El Eje Central o histórico de Pekín es el pasado de la ciudad, mientras que la avenida Chang'an es el presente. Esa cruz de poder e ideología, de cultura y deseo de eternidad que haría palidecer por su esplendor a cualquier ciudad del mundo permanece en Pekín como el mapa de un mundo invisible. Ninguno de los lugares que he citado resulta evidente a los ojos de quien visita Pekín. Esa cruz forma un complejo esotérico de significados cuyo fin ha sido la constante justificación de un Estado autoritario: la ciudad como forma suprema del poder, de norte a sur, de este a oeste, como las agujas de un reloj, con el Templo de la Tierra (Ditan) en el norte, el Templo de la Luna (Yuetan) en el Este, el bellissimo Templo del Cielo (Tiantan) en el sur y el Templo del Sol (Ritan) en el oeste. La legitimidad del poder no viene del hombre, ni siquiera en estos tiempos de socialismo en China, sino del universo. Pekín parece haber inventado sin querer las teorías de

la cultura del poshumanismo de Ihab Hassan y su desgraciado Prometeo. Cuando paseas por esos dos ejes, ves poca gente y, si la ves, está de paso, siempre de paso. A la gente la encuentras en la periferia o en los edificios en mal estado, de arquitectura de baja gama, que han crecido en Pekín como champiñones.

Uno de los artistas cuyos ojos me han enseñado a ver Pekín es Ai Weiwei. Su documental *Chang'an Boulevard* de 2004 fue rodado en invierno, dura diez horas y trece minutos, y está dividido en un sinfín de segmentos que reflejan la transformación de su arquitectura y su plan urbanístico. La llegada de un amigo a Pekín y su ignorancia de la ciudad en la que nunca antes había estado sugirió a Ai Weiwei la creación de este documental. La avenida Chang'an alcanza los dos extremos la sexta circunvalación que rodea la ciudad de Pekín y que une el este (la autopista G4501) al lado oeste de la ciudad. La cámara de Ai Weiwei en su mínima funcionalidad: solo está ahí, puesta delante de lo que filma, sin intentar manipularla, y aquello que filma es puro tiempo o, mejor dicho, es la verdad del tiempo, algo que ocurre ante nosotros sin que podamos controlarlo.

La avenida Chang'an aparece en su cotidianeidad de forma obsesiva e hipnótica en un constante juego de destrucción y reconstrucción,